

## La Academia de Letrán

MARCO ANTONIO CAMPOS

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*

**RESUMEN.** En el presente escrito podemos ver, de manera cronológica, la fundación, los personajes, los temas, las generaciones de escritores que vivieron, dieron vida y transitaron por la Academia de Letrán. Academia que, para muchos, es piedra fundamental de la literatura nacional, tanto por sus temas como por la conjunción de escritores conservadores y liberales.

### *Los objetivos cardinales*

Dos objetivos cardinales buscaba el grupo de la Academia de Letrán: fundar una literatura nacional y ejercer la democracia en el grupo y en el medio cultural. Podemos decir, 160 años más tarde, que ambos objetivos, en términos generales, se cumplieron.

No es lo mismo hablar de literatura nacional en 1836 que hacia el fin del siglo xx. Para un escritor actual la literatura mexicana se ve como un todo a través de los siglos: son tan nuestras y actuales las letras prehispánicas y las coloniales como las del México independiente. Pero eso no podía pensarse en el año de la fundación de la Academia, con el peso de todo lo español sobre sus hombros. Poetas, escritores y artistas querían entonces ser distintos, o quizá mejor, ser ellos mismos en un país que sintieran de ellos mismos. Cuando Prieto en sus *Memorias* dijo que “para él lo más grande y trascendental de la Academia, fue su tendencia decidida a mexicanizar la cultura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar” (Prieto 178), hizo bien en decir *tendencia decidida*, porque la literatura mexicana no se emancipó ni po-

día hacerlo —como no puede hacerlo ninguna literatura— de las otras. Si se consultan las cuatro colecciones del anuario del *Año Nuevo*,<sup>1</sup> la publicación que fue como la ventana o el escaparate del grupo, se verá que poetas y escritores buscaron acentuar ante todo el paisaje y los asuntos mexicanos, pero que no fue tanto como ellos o sus panegiristas lo exaltaron. Contra su mejor voluntad, los lateranenses siguieron leyendo autores españoles, pero volvieron asimismo los ojos a otras tradiciones —hasta donde era dable conseguir los libros—, sobre todo la inglesa, francesa e italiana, y aun como en el caso de Pesado y Carpio, la hebrea (seguramente a través del latín). Basta ver el copioso número de traducciones e imitaciones que se incorporó al anuario y a *El Recreo de las Familias*, la otra revista que editó Rodríguez Galván.

El dramaturgo español José Zorrilla, quien vivió entre nosotros, en un libro útil de divulgación, *La flor de los recuerdos. México y los mexicanos (1855-1857)*, anotaba que la Academia “es el verdadero punto de partida de lo que hoy puede llamarse literatura original mexicana, porque comenzó a volar por sí misma”, aunque (añade con un guiño) “sin poder emanciparse de las influencias de la nuestra” (Zorrilla 58). Por demás era natural, porque, de un lado, era la única literatura en español que tenían al alcance (no circulaban casi de hecho obras de autores hispanoamericanos), y de otro, porque pretender echar un cerrojo a los tres siglos inmediatos anteriores, era sólo dable hacerlo en los palacios de las fantasías, de la locura o de la ignorancia más disparatada. Pero también es cierto que, pese a circular entonces una cantidad muy limitada de libros y teniendo los jóvenes serios problemas para su adquisición, leían en traducciones a poetas latinos (Horacio, Virgilio), a poetas románticos franceses, alemanes e ingleses y a novelistas estadounidenses y franceses. Es decir, leían lo poco que circulaba en la época y hasta donde podían hacerlo.

El antihispanismo furibundo, por demás, no era de todos los miembros de la Academia. No puede compararse la posición de los jóvenes radicales (Juan Nepomuceno Lacunza, Ignacio Rodríguez Galván, Eulalio María Ortega, Joaquín Navarro, el mismo

<sup>1</sup> *El Año Nuevo* (1837, 1838, 1839, 1840). 1996.

Prieto), con la posición más moderada de los mayores, como, por ejemplo, Manuel Carpio (45 años) y José Joaquín Pesado (35 años). Aún más: uno de los radicales, Ignacio Rodríguez Galván, comprendía que *en ese momento* el peligro para la soberanía mexicana venía más de Francia, Inglaterra o los Estados Unidos que de España. Para confirmarlo basta leer poemas como “Guerra a los galos, guerra...” (1838) y “Profecía de Guatimoc” (1839). En aquél dice:

¡Guerra a los galos, guerra!  
 Megicanos, volad,  
 Los mares y la tierra,  
 Con su sangre, regad.

Nuestra frente hundir en la arena  
 El francés orgulloso pensó,  
 Y al echarnos la dura cadena  
 De sus débiles manos cayó.

Y en el segundo hace decir al último tlatoani mexicana:

¿Qué es de París y Londres?  
 ¿Qué es de tanta soberbia y poderío?  
 ¿Qué de sus naves de riquezas llenas?  
 ¿Qué de su rabia y su furor impío?

Y en líneas de la siguiente estrofa:

¡Ay de vosotros, ay, guerreros viles,  
 que de la inglesa América y de Europa,  
 con el vapor, o con el viento en popa,  
 a México llegáis miles a miles  
 y convertís el amistoso techo  
 en palacio de sangre y de furores,  
 y el inocente hospitalario lecho  
 en morada de escándalo y horrores.

Ser antiespañol comprendía sincrónicamente una afirmación y una negación. La primera consistía en la vindicación del pasado prehispánico (al cual identificaban con el azteca), de la gesta in-

surgente y de la necesidad absoluta de un país soberano y libre; la negación consistía en ver los siglos de la colonia y todo lo español (instituciones, civilización, cultura, costumbres) como una abominación autoritaria. En *El Año Nuevo de 1837* el español para Alpuche en su poema “Moctezuma” era “sanguinario”; en un poema de Prieto (“A un sabino de Chapultepec”) un bravo mexicano maldice moribundo al español. Pero ninguno fue más radical que el joven Eulalio María Ortega, quien en “La batalla de Otumba”, en su anhelo de compensación fiera jura que cruzaremos el Atlántico y aniquilaremos España hasta que “no se halle un español en todo el mundo”.

Salvo dos o tres excepciones notables (entre ellas la del famoso Conde de la Cortina y la de Manuel Eduardo Gorostiza) colaboraron en la Academia la prez y gala de los mejores poetas, escritores e intelectuales y los más sobresalientes jóvenes de la época. Lo que sorprende gratamente de la Academia (no fue en México antes lo habitual) es la heterogeneidad de quienes pasaron entre 1836 y 1840. Los jóvenes eran los dos Lacunza, Guillermo Prieto, Manuel Tossiat Ferrer, Luis Martínez de Castro, Eulalio María Ortega, Joaquín Navarro, Antonio Larrañaga, Ignacio Rodríguez Galván, Fernando Calderón, Ignacio Ramírez, Manuel Payno, Ramón Isaac Alcaraz, José María Lafragua, Ignacio Aguilar y Marochó, Clemente de Jesús Munguía, Félix María Escalante, Casimiro del Collado, José María Pacheco, Agustín A. Franco, y se integrarían al grupo, con desprendimiento y desinterés, varias glorias mayores o menores de la época: Andrés Quintana Roo, Francisco Ortega, José Joaquín Pesado, Manuel Carpio, José María Tornel, el propio rector Iturralde, los abogados Francisco Modesto Olayubel y Joaquín Cardoso y el arqueólogo Isidro Rafael Gondra. La Academia llegó a tener correspondientes en ciudades de la república como Gabino Ortiz en Morelia y José María Esteva en Veracruz. Según Zorrilla, la Academia se dividiría en dos grandes grupos que se manifestarían a través de dos periódicos literarios: *El Liceo Mexicano*, donde participarían Agustín A. Franco, Luis Martínez de Castro, Joaquín Navarro y Ramón Isaac Alcaraz, y *El Museo*, que contaría con la dirección de Guillermo Prieto y Manuel Payno.

Como se ve, sorprende gratamente la composición heterogénea y el anhelo democrático del grupo. Fernando Tola, en la página XXVI de su prólogo a los *Años Nuevos*, adaptando un párrafo de Prieto, señala: “Junta a próceres y sabios con meritorios, dependientes y vagabundos, e indica la desvalorización de la edad, los bienes de fortuna y la posición social. Con la Academia de Letrán se produce una ruptura en la costumbre del ejercicio de la literatura: deja de ser ‘propiedad’ de religiosos y gente educada gracias a su posición social y económica”.

#### *Un antecedente: la tertulia de Francisco Ortega*

Entre 1833 y 1836 el poeta republicano Francisco Ortega (1793-1849) organizaba una tertulia literaria en su casa de Escalerillas 2. Es decir, al menos en 1835 Y 1836, previa a la fundación de la Academia, coincidía con las reuniones que se efectuaban en el Colegio de Letrán en el cuarto del mayor de los Lacunza. Ortega daba a los jóvenes clases de latín y literatura. De la tertulia nació un periódico manuscrito titulado “Obsequio de la amistad”, donde Guillermo Prieto publicó por primera vez en su vida.

Ortega tuvo cinco hijos, uno de los cuales, Eulalio María, tenía ciertas dotes literarias, y a quien Ignacio Rodríguez Galván dedicaría un poema, “El ángel caído”. Eulalio María, a su vez, en 1855, escribiría a su memoria páginas biográficas y literarias en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*.

A la tertulia llegaban muchachos de 15 y 16 años, entre quienes se encontraban (recuerda Prieto), Luis Martínez de Castro, de severo porte pero que era un periodista de humor afilado, y quien moriría en 1847 en la defensa de Churubusco. Manuel Carpio escribió una conmovedora elegía a su memoria. La colección de sus mordaces artículos tenían el nombre de Don Pomposo Rimbomba. Llegaban también el belicoso Antonio Larrañaga, Ignacio Rodríguez Galván y el mismo Prieto.

Todos acabarán formando parte importante de la Academia de Letrán.

### *Una preacademia*

Por más de dos años, entre 1834 y 1836, en un cuarto ruinoso del ruinoso Colegio de Letrán (el cuarto era el de José María Lacunza) se reunieron un día a la semana cuatro jóvenes para leerse y criticarse sus textos. El colegio era muy grande: daba, por supuesto, a San Juan de Letrán, pero llegaba hasta el otro lado, a la calle de López, donde las prostitutas pulularon todo el siglo XIX. A los cuatro jóvenes contertulios los unían la orfandad, la pobreza y el fervor por la poesía. Su ropa era una garra de abandono y se privaban de gustos mínimos para comprarse libros. Tres eran abogados o aspirantes a serlo y al más joven, Prieto, nunca se le ocurrió pasar por tal ignominia. En 1836 José María Lacunza tenía 27 años, su hermano Juan Nepomuceno tenía 24, Manuel Tossiat Ferrer también 24 y Guillermo Prieto, el brillante benjamín, sólo 18. En sus coloridas *Memorias de mis tiempos* Prieto nos traza, en rápidas pinceladas, unos retratos vívidos de los compañeros de aventura y de infortunio. Al mayor de los Lacunza (1808-1868) lo retrata —como haría con Rodríguez Galván— en doble tinta. Lacunza llevaba una vida de anacoreta y era, por su edad y lucidez, como el jefe o cabecilla. Devorador de libros, tenía una “memoria prodigiosa, una palabra fácil y elocuente y una perseverancia en el estudio que rayaba en lo tenaz y viciosa”. Sin embargo, poseía para Prieto dos defectos de raíz: una habilidad de prodigio para el sofisma (lo apodaban Cubiletes) y una absoluta frialdad de sentimientos. “En cuanto a lo que se llama mundo —concluye lapidario—, Lacunza era un niño”. Quizá en el fondo el comúnmente objetivo Prieto nunca perdonó a Lacunza su colaboración con Maximiliano.

El contraste de José María era su vital y nervioso hermano, Juan Nepomuceno, quien murió a los 31 años, y a quien presenta como un gran jugador de billar y de pelota y continuo decidor de versos y hacedor de chistes en serie.

A Manuel Tossiat Ferrer, por su lado, lo evoca como “silencioso, sentimental y melancólico” y agrega que era “tímido como una paloma y modesto como la violeta”.

Igual que en la tertulia de Francisco Ortega los jóvenes se leían entre sí sus versos, se discutía y aquello a veces solía convertirse en “una zamba tremenda”. Las reuniones de trabajo serían lo que ahora llamamos taller literario.

### *Fundación*

La ceremonia de iniciación ocurrió la noche del 11 de junio de 1836. Si nos ubicamos en ese tiempo no deja de causarnos un enorme azoro su influencia ulterior, porque ninguno de los cuatro jóvenes representaba aún algo en las letras nacionales.

Dos cosas llaman la atención en el acto fundacional: la primera, lo suntuoso del título del nuevo grupo, digno más de una institución de árcades que propugnan por un lenguaje castizo o de profesores e intelectuales tradicionales que se reúnen para formar una agrupación, y la segunda, el ritual mismo, es decir, cuatro muchachos, cuya pobreza era tanta, que no tenían plata para un brindis decente. Después de un soberbio discurso del mayor de los Lacunza —relata Prieto— se percataron de la necesidad del “banquete”. Reunieron entre los cuatro un real y medio, compraron una piña, la cortaron en cuatro y le espolvorearon azúcar. Prieto se atrevió a escribir: “el banquete fue espléndido”.

De seguro no pasó por su imaginación la incorporación casi inmediata de jóvenes talentosos y de glorias áureas de la época, y, sobre todo, que esa Academia sería piedra de fundamento en la historia de las letras del México independiente.

### *Las incorporaciones*

Llegó primero el médico Joaquín Navarro (1820-1851). Pequeño de estatura y atrozmente feo, su inteligencia era fúlgida y su dicción admirable. De espíritu sanguíneo, era un “liberal exaltado”. A los treinta y un años lo aniquiló una erisipela.

Llegó después (sería la carta de oro de la academia) el yucateco Andrés Quintana Roo (1787-1851), una de las figuras más

queribles de nuestra historia, quien, según evoca Prieto, era un “viejecito” de cuerpo pronunciadamente inclinado y de arduo andar. Llegó de pronto y dijo: “Vengo a ver qué hacen mis muchachos”. Los jóvenes se alzaron y aplaudieron con frenesí y Quintana Roo fue nombrado por aclamación presidente perpetuo. Don Andrés representaba a sus ojos “la visita cariñosa de la patria”, o mejor aún, la encarnación de una historia que ya estaba teñida de leyenda, sobre todo por su íntima cercanía en los años insurgentes con el generalísimo José María Morelos (laboró como su secretario), por haber cooperado a redactar el texto básico del período de la lucha independentista (*Los sentimientos de la nación*), por sus amoríos, con todo el viento romántico, con Leona Vicario, por sus tareas periodísticas (al caer Iturbide editó el periódico *El Federalista Mexicano*, “con tal tino y medida —dice el historiador Francisco Sosa—, que fue, durante algún tiempo, el regulador de las opiniones”), por sus poemas y por su laboriosa y honrada actividad política, que lo llevó a ocupar puestos ministeriales, judiciales y diplomáticos y a ser varias veces diputado y senador. Si alguien personificaba en ese momento la historia compleja y fascinante de los veinticinco años recientes en México era don Andrés Quintana Roo. Muy probablemente la llegada del poeta y político yucateco consolidó a la Academia. Si un hombre de sus dimensiones políticas, literarias, morales y humanas presidía las reuniones ¿qué poeta, escritor o intelectual no querría incorporarse?

Llegaron después, como “dignos representantes de la literatura clásica”, los poetas veracruzanos Manuel Carpio (1791-1860) y José Joaquín Pesado (1801-1861). Amigo de José Bernardo Couto, de Francisco Ortega y del mismo Pesado, el médico Manuel Carpio fue un poeta tardío (empezó a publicar después de los 40 años), y no obstante eso, un meticuloso tallador de versos. “A Carpio —apunta José Emilio Pacheco en la nota de presentación del poeta en su antología del XIX— le corresponde el gran mérito de haber redescubierto para la poesía el paisaje mexicano como tema digno de celebración. Muchas de sus composiciones bíblicas e históricas son dignas de estudiarse como un modesto preludeo del parnasianismo”. Considera con razón que “México 1847” es



su mejor poema, “donde lamenta con ecos de la Biblia el desastre de aquel año sombrío” (Pacheco 38-39).

José Joaquín Pesado es un poeta que despertó en todo el siglo XIX enconadas polémicas, sobre todo por sus ideas y su actividad política y su periodismo religioso. Empezó siendo un liberal moderado pero cambió de chaqueta cuando ocupó las carteras de Relaciones Exteriores y del Interior en 1838 durante el segundo gobierno de Anastasio Bustamante, año de la grotesca y humillante Guerra de los Pasteles. Fue diputado y gobernador de Veracruz. “En la memoria del poeta Pesado —señala Ménendez Pelayo en el primer capítulo de su *Historia de la poesía hispanoamericana*— se persigue, sobre todo, la memoria del valeroso director de *La Cruz*, del que lidió al lado del Obispo de Michoacán, Munguía, las más formidables batallas en pro de la inmunidad eclesiástica, de la unidad religiosa y del espíritu cristiano en las leyes” (129). Una anécdota curiosa: Pesado fungió como jurado en 1853 (los otros dos eran Couto y Carpio) cuando se premió el “Himno Nacional” de Francisco González Bocanegra (1825-1861).

El liberal Prieto, quien lo trató en la época de la Academia, lo retrata como un apuesto caballero de ojos azules, impecable en el vestir, de porte ligero y de voz musical. Su tipo, dice, era más de político que de poeta. Su intachable forma externa era la misma de sus poemas.

Sus versos parecen siempre irse en un aire leve y sereno. Nunca se oye en ellos gritos ni dicterios, ni hay exceso de ornato ni vegetaciones lujuriosas. El cubano José María Heredia, uno de sus admiradores, lo llamó “el cisne de Orizaba”. Zorrilla aplaudió su poesía, sus traducciones, su prodigiosa memoria al servicio del conocimiento, su integridad moral y política y su honesto apoyo a los jóvenes escritores, lo que no representó escollo para señalarle en varias páginas de su libro más defectos de orden formal que a ningún otro: El uso de asonantes en estrofas aconsonantadas, la mala acentuación de los heptasílabos en las silvas, las asonancias en los romances en versos impares y las sinéresis (véase Zorrilla 1955). Después, con la victoria rotunda de los liberales y más politizada que nunca la literatura, aunada a un cambio de gusto

estético, no le fue nada bien al poeta bien nacido en San Agustín del Palmar, Puebla. Se le acusó injustamente de falta de originalidad y aun de plagio, confundiendo sus críticos a veces la imitación con la paráfrasis creativa. Ignacio Manuel Altamirano lo menciona muy pocas veces, y la generación modernista tuvo escasísimo aprecio por los "salmistas". Gutiérrez Nájera, quizá el mejor crítico de esa generación, no consideraba a Carpio y a Pesado ni siquiera como poetas nacionales. Eran, decía, descendientes "de los poetas hebreos que escribieron algunos libros de la Biblia" (Gutiérrez Nájera 423). Gutiérrez Nájera olvidaba que tanto uno como otro escribieron bellos poemas de asuntos mexicanos: en su paisaje y su historia. Menéndez y Pelayo vindica parcialmente a Pesado dos años después enalteciendo algunas de sus traducciones pero no deja de mirarlo como "un estimable poeta de segundo orden". Considera a Pesado superior a Carpio. Luis G. Urbina, por su parte, lo considera también como un poeta más fino, riguroso y humano que Carpio, pero apenas le merece un párrafo de nueve líneas, donde destaca la elegancia de sus sonetos y sus virtudes para describir la naturaleza a la que dibuja con exquisito pincel clásico.

Pero el paso de Carpio y Pesado por la Academia de Letrán se sintió hondamente, recuerda Prieto, "y consistió en el ejemplo que nos supieron dar de modestia, de decoro y de admiración del ajeno mérito". Aceptaban las observaciones críticas de los contertulios y ayudaban a éstos a enmendar sus textos.

Llegó después, casi en pleno, la tertulia de Francisco Ortega: el mismo Ortega, su hijo Eulalio María, Antonio Larrañaga (1818-1838) y Luis Martínez de Castro (1819-1847).

Llegarían después Francisco Modesto Olaguíbel, "noble mecenas", el abogado don Joaquín Cardoso (quien ingresó con un discurso sobre la insurrección), el michoacano Clemente de Jesús Munguía (quien sería después obispo de Michoacán) e Ignacio Aguilar Marocho, raro maestro de la sátira y el chiste.

Quizá valga recordar, aunque sea sintéticamente, los retratos que hizo Prieto de Larrañaga y Munguía. A Larrañaga, quien venía de familia católica y aristocrática, su lectura de los enciclopedistas franceses lo volvió un liberal vehemente. Llegaba al punto

de ir al Congreso sólo para rebatir a los diputados venales. Murió jovencísimo (tenía 20 años). Rodríguez Galván escribió una elegía a su memoria.

El michoacano Munguía, por su parte, padecía el mal de ser dos personas en un día: una antes y otra después de comer; en la primera, era encantador y sabio; en la segunda, irritado e irritadamente flatulento. No sabemos si en los años de su obispado seguía padeciendo el mal.

Llegó después quien sería una pieza clave del grupo: Ignacio Rodríguez Galván. Tenía 20 años. Prieto en sus *Memorias* y en un artículo necrológico de 1842,<sup>2</sup> recuerda que Rodríguez envió una oda para solicitar su ingreso, la cual, si bien adolecía de vicios formales, mostraba una voz vigorosa y honda que hacía concebir grandes ilusiones. Con su firma, dos fundadores (José María Lacunza y Prieto) lo invitaron a formar parte de la Academia enviándole una cuarteta:

A la voz de los cantos y dolores  
Nuestra alma en muda comunión responde;  
Si hoy el mérito tímido se esconde,  
La gloria un día le coronará de flores.

Sobrino del librero Mariano Galván Rivera, dueño éste de la famosa Librería Galván, sita en Portal de los Agustinos número 3, a unos pasos de la plaza mayor, Rodríguez se familiarizó con el orbe de sueño de los libros desde su arribo a la ciudad de México a la edad de 11 años, luego de la muerte de su madre. En la librería trabajaba de “milusos”, de “hácelo todo” y dormía en los altos del local, donde robaba a la noche horas para leer. Su vida desdichada fue un relámpago negro de 26 años y tuvo un final trágico. Quienes lo conocieron coinciden en recordarlo generoso y sombrío, enamorado de una mujer de la que no se atreven a decir el nombre (hoy sabemos que era la actriz Soledad Cordero, “la rosa del Principal”), con una muy buena autoformación literaria y como un gran caminante solitario de lo que ahora es el centro

---

2 El artículo apareció firmado con el pseudónimo Fidel.

histórico. De vivir rodeado de libros (que podía leer) y de escuchar la tertulia que se efectuaba a principios de los años treinta en la librería, y a la cual concurrían “clérigos de polendas”, prestigiosos profesionistas y poetas como Couto, Carpio y Pesado, nació seguramente su curiosidad, o más, su avidez de conocimiento.

El tipo de Rodríguez Galván, decía Guillermo Prieto que lo conoció muy bien, era de “indio puro”, y —añade en una descripción no muy elogiosa— por “su aspecto y pelaje” parecía un criado; Luis G. Urbina, quien no lo conoció, escribió que era “un mestizo triste”.

Sin Rodríguez (como solían decirle sus amigos) no se explica en amplia medida la Academia de Letrán, o si quiere, su memoria literaria. Por cuatro años, del 1837 al 1840, imprimió una suerte de anuario, *El Año Nuevo*, que contenía textos de variados géneros (poemas, cuentos, novela corta, ensayos, artículos, piezas teatrales de breve extensión, páginas de meditaciones) de los miembros de la Academia. Asimismo, en una revista quincenal que desapareció luego de doce números por falta de capitalización (*El Recreo de las Familias*), impulsó al grupo. Su muerte fue una tragedia no sólo para sus amigos y para quienes lo trataron, sino para la poesía y para la promoción literaria. Se perdió un poeta en el instante cuando escribía poemas de gran nervio expresivo (basta leer los que hizo desde su partida de México y en la ciudad de La Habana). De las muertes trágicas de jóvenes poetas en el siglo XIX, como las de Fernando Calderón, Juan Díaz Covarrubias, Marcos Arróniz, Florencio María del Castillo y Francisco González Bocanegra, ninguna, creo, fue más lamentable que la de Rodríguez, quien estaba destinado a los más altos vuelos.

Llegó también al colegio el poeta y dramaturgo Fernando Calderón (1809-1845), con su facilidad lopesca, casi inverosímil de escritura, quien, de una sentada y casi sin corregir, era capaz de escribir una tragedia. Calderón se presentó a las reuniones leyendo “El soldado de la libertad” y poco después “El sueño del tirano”, que en ese momento se juzgó como una protesta ácida contra el despotismo de Santa Anna.

Las fuentes caballerescas para los dramas de Calderón fueron las cruzadas y la historia real inglesa. Entre sus dramas más so-

bresalientes se enlistan *Ana Bolena*, *El Torneo* y *La Vuelta del Cruzado*. Prieto recuerda que escribía donde le surgía la inspiración y de hecho sin corregir. Por ejemplo, el manuscrito de *Ana Bolena* (que le perteneció) ¡sólo tenía dos tachaduras! Manuel Carpio elogiaba al joven dramaturgo con una mezcla de humildad y asombro: “No mintamos... Yo en mi vida tendré la admirable facilidad de usted...” Francisco González Bocanegra, en su “Discurso sobre la poesía nacional”, dijo que Calderón “parecía nacido para ser el Bretón mexicano y para recordarnos los tiempos poéticos de las caballerías y las cruzadas”.

Con el de Quintana Roo, los de Fernando Calderón e Ignacio Ramírez son los retratos más conmovedores que Prieto hace de los asiduos a la Academia. Quintana Roo era la encarnación de la patria; Ramírez y Calderón sus hermanos. Durante un tiempo, Calderón, quien venía de una familia de buenos recursos, sirvió de mecenas a Prieto sin que éste supiera de dónde provenía la plata. Calderón no tenía precisamente apariencia de galán. Chapparro, ancho, su aspecto semejava más —dice Prieto— al de un “vendedor de sarapes o de cueros de chivo” y “habría pasado por feo en grado heroico sin su mirada dulcísima y alegre”. No en balde en un carnaval pudo disfrazarse de Sancho Panza e Ignacio Rodríguez Galván de Don Quijote, y representar ambos, ante la maravillada multitud, una perfecta comedia. Su trato, además, era encantador y fascinaba en tertulias y en el medio teatral.

Llegaría después a la librería del colegio, con toda su difícil pobreza, el joven guanajuatense Ignacio Ramírez (1818-1879), quien de entrada escandalizó al querer leer —al terminar leyendo— su texto “No hay Dios”. Quizá sin ser muy conscientes los lateranenses, aquella lectura de Ramírez representó una prueba de fuego para sus principios de democracia interna, o en este caso preciso, de libertad de ideas y de negación de la censura. Ante la oposición del rector Iturralde, quien rechazaba la lectura, fue defendido a sangre y fuego por el ministro José María Tornel y por el presidente Andrés Quintana Roo. Ramírez acabó leyendo el texto, provocando gritos de horror y de admiración. Se le aceptó al final —si creemos a Prieto— con entusiasmo y cariño. Quizá nadie de los lateranenses imaginaba que ese joven veinteañero,

reservado e insolente, susceptible y triste, con un gusto acre por la sátira y con una detallada capacidad de desdén, sería una de las glorias áureas de la historia de México. Como a José María Lacunza, a Ramírez se le reprobó a menudo su defensa de tesis o hipótesis en las que no creía, sólo para mostrar el brillo y el poder de su inteligencia. Pero Prieto, quien lo conoció y lo quiso entrañablemente, sentenció: “Ramírez era en el fondo la protesta más genuina contra los dolores, los ultrajes y las iniquidades que sufría el pueblo”. Pero los hombres del XIX, salvo excepciones como la de Prieto, vieron en Ramírez más al gran iconoclasta que al gran constructor. Uno de ellos fue su alumno Manuel Gutiérrez Nájera. Recordemos una opinión del Duque Job hacia 1889 en su artículo “Ignacio Manuel Altamirano”: “¡Cuánto bien, sin embargo, hizo a las letras, acaso involuntariamente, ese terrible demoleedor! Allaná el camino, lo limpió de estorbos [...] pero era necesario crear, y sólo el amor crea, sólo él fecundiza!”

Llegaría después Manuel Payno (1820-1894). Sería quizá —igual que Ramírez— en el año de 1838, porque en *El Año Nuevo de 1839* aparecieron por primera vez colaboraciones suyas. Dos firmadas: un poema (“La huérfana”) y un cuento (“María”), y una probable: un poema (“Recuerdos de ventana”). En 1842, en el prólogo a las poesías de Calderón, el gran Payno recordaría ese tiempo como uno de los más felices de su vida.

### *Reuniones y formas de trabajo*

Con la llegada de los mayores y el aumento de la asistencia era lógico el cambio de sitio de reunión. No sólo eso: el control cambió de manos. Lo dirigía desde luego “el presidente a perpetuidad” Quintana Roo, pero pesaban mucho Carpio, Pesado, Tornel y el rector Iturralde. Subió asimismo la altura del diálogo y de la crítica y se ejerció la autocrítica. Diversos testimonios afirman que las discusiones eran abiertas y los mayores aceptaban observaciones y puntualizaciones de los más jóvenes.

Manuel Payno, en su artículo necrológico sobre Rodríguez Galván, luego de hablar sobre las personalidades que concurrían,

dice: "En esa academia que se reunía en la librería del colegio los jueves de cada semana, se corregían composiciones ligeras en verso y prosa, y esto daba lugar a que se pronunciaran discursos sobre lógica, gramática, prosodia, poesía, etc., que impresos sin duda hubiera suplido más que bien a un curso de literatura".

En estas breves líneas Payno nos ilustra aspectos básicos de las reuniones. Por un lado, el sitio: la librería del colegio. Por otro, la forma de trabajo. Primero, los textos analizados eran "composiciones ligeras". Suponemos que Payno dice "ligeras" en el sentido de existir la consigna de que no fueran largas o muy largas para que pudiera leer más gente y no necesariamente por lo hondo o la gravedad del asunto tratado. Y segundo, se daban también discursos teóricos sobre materias arduas que podían servir aun para cursos literarios. Es decir, existía un afán colectivo de, como se dice ahora en una frase común, "mantener el nivel". En eso, sin ninguna vacilación, debieron ser los mayores quienes daban la pauta.

### *El Año Nuevo*

Quizá los lateranenses no imaginarían nunca la importancia que tendría la llegada de un joven veintiañero, de raza indígena, llamado Ignacio Rodríguez Galván. Él, más que ningún otro, es una creación o un producto de la Academia. Para decirlo en jergonza gramsciana: es su intelectual orgánico. De hecho su obra —poemas, cuentos, ensayo, teatro—, lo mejor y lo peor, se escribió en los años de vida intelectual de la Academia, y la revista *El Año Nuevo*, que fue ventana abierta del grupo frente a la sociedad, nació y se sostuvo por él. Sin *El Año Nuevo* y la otra revista que editó, *El Recreo de las Familias*, no sabríamos qué escribían en los años treinta casi todos los importantes y casi todos los mediocres autores de la Academia.

No obstante, en prólogos de la publicación no se llama a ésta anuario sino "colección" y "libro" (1837), "obra" y "libro" (1838), "periódico anual" (1839) y "tomo" (1840). En su folleto de análisis de *El Año Nuevo de 1837* el Conde de la Cortina lo llama también "libro".

*El Año Nuevo* duró cuatro años: de 1837 a 1840. La UNAM, en 1996, reprodujo en facsímil los cuatro tomos en una edición preparada y prologada por Fernando Tola. Las dos revistas echadas a andar por Rodríguez acabarían abriendo en ulteriores años grandes puertas y ventanas para los autores de la tertulia crítica. En un momento, cuando la mayoría de los textos de publicaciones periódicas circulantes era abrumadoramente extranjera (podía llegarse a veces a cerca del 100 %), este par de revistas son las únicas que *proponen* una múltiple lectura mexicana basada en textos originales de un grupo más o menos regular de autores. Como siempre sucede en esta suerte de proyectos: es numeroso el consejo de colaboradores pero el peso recae sobre uno o dos de ellos. En un artículo necrológico de 1842, firmado por sus amigos, se lee que él editó casi solo *El Recreo de las Familias*—donde curiosamente es mayor el número de lateranenses que en *El Año Nuevo*— pero debió abandonar el proyecto por falta de ayuda y de fondos. *El Recreo* duró de noviembre de 1837 a abril de 1838. Algo parecido debió suceder con *El Año Nuevo*, que era menos oneroso porque se publicaba sólo una vez al año.

Otra anécdota curiosa: en 1838, Mariano Galván, tío de Rodríguez, edita el *Calendario de las señoritas megicanas*, donde incluía lo mismo escritos sobre modas que poemas y textos literarios de autores mexicanos. Se imprimieron cinco. En el fondo es la misma idea. Rodríguez seguía al tío. Por demás, los *Años Nuevos* se editaban en la misma Librería Galván, del Portal de los Agustinos 3. Tenían la intención de ser como un regalo. En la portada, bajo el rubro, aparecían aun las palabras: Presente Amistoso.

### *Un tremendo superego: El Conde de la Cortina*

Es un personaje que atrae y repele. Sin duda fue el mejor crítico de los años treinta, cuarenta y cincuenta del XIX, una época, por demás, donde la crítica fue frágil y precaria. Acucioso lector, con una información vasta sobre diversas literaturas, de las cuales fue útil introductor a través de sus artículos en periódicos y revistas, y desde luego, de periódicos y revistas que fundó y dirigió, prin-



principalmente *El Zurriago Literario*, que él anunciaba como un “periódico antipolítico y pacífico, aunque algo entremetido”.

Las noticias sobre su vida son tomadas por lo regular de la biografía que sobre él hizo Manuel Romero de Terreros. El coronel José Justo Gómez de la Cortina (1799-1860), mejor conocido como el Conde de la Cortina, nació en México pero sus padres lo enviaron pronto a España, donde estudió en el Colegio de San Antonio Abad y en la Academia de Zapadores de Alcalá. Abrió en su casa un salón literario, donde se reunía el medallón de oro del neoclasicismo: Quintana, Gallegos, Bretón de los Herreros y Martínez de la Rosa. Se dice que no simpatizó con José Zorrilla cuando éste era muy joven, pero de quien acabaría siendo anfitrión y muy amigo cuando vino a residir a México al promediar la década de los cincuenta. En sus viajes europeos el Conde trató a Chateaubriand, a Benjamin Constant y al Barón de Humboldt. El rey Fernando VII lo protegió y le dio cargos. Dejó amistades, honores, cargos relevantes y la amistad del monarca para regresar a México en 1832, donde vivió hasta su muerte veintiocho años después, abocándose con encarnizada entrega al periodismo, a la enseñanza, a la promoción cultural y, por supuesto, a su pasión mayor: la crítica literaria. Escribió también poemas, que suelen leerse con agrado. Fundó sociedades culturales y ocupó puestos políticos en el partido conservador. Culto como nadie, dio clases gratuitas, sacrificó el alma por la enseñanza y fue donando con los años todo cuanto tenía al grado de morir pobre.

El Conde —según puede entresacarse de un artículo suyo publicado en mayo de 1843 (“Sobre la colección de las mejores producciones científicas y literarias de nuestros poetas y de nuestros prosistas modernos, proyectada por Ignacio Cumplido”)— creía en las bondades de la instrucción y en el estudio y el trabajo fervorosos. Creía asimismo en el *escribir bien* y en una literatura que consolara al corazón, satisficiera al entendimiento y diera “al alma algún deleite y descanso”. Su pasión fue la crítica y a ella se consagró, porque pensaba que laborar diversos géneros o todos ellos, era un medio excelente “de nunca adelantar en ninguno”. El gran dios del Conde fue la Academia de la Lengua Española.

Pese a sus tremendos errores fue la conciencia estética insobornable de su tiempo. Los estudiosos del XIX coinciden en señalar que con la aparición de *El Zurriago Literario* nace la crítica literaria sistemática en México. El título de la publicación ya anunciaba su tarea y actitud: zurrar a latigazos a quienes se dedicaban al oficio. Su crítica fue dura pero nunca, como periodista o crítico, sea dicho en su alabanza, se rebajó al ataque personal, como lo hacían (lo siguen haciendo) tantos en el medio. Esos periodistas nuestros —decía Zorrilla hacia 1857— “cuyo lenguaje chocarrero y adulterado más parece de lavanderas y lacayos que de personas de educación y estudio”.

Pero el mayor error del Conde, el imperdonable error del Conde, fue no entender, porque para él *no escribían bien* exterior o formalmente, a los mejores escritores jóvenes de la época. Algunos de ellos (Lacunza, Prieto), pese a sentirse profundamente afectados, tuvieron la grandeza de reconocer la utilidad de cierta parte de sus observaciones. María del Carmen Ruiz Castañeda describe en la presentación del artículo del Conde en *La misión del escritor* el doble perfil del inflexible juez:

“El tipo de crítica que ejerció el Conde influyó positivamente en el decoro formal de la nueva literatura; por el contrario, eliminó sistemáticamente los progresos del romanticismo.

*El Zurriago Literario* mantuvo el aristocratismo, la herencia neoclásica y el espíritu conservador, contrarios a la escuela romántica, cuya exaltación pasional, métrica revolucionaria y “extravagante jerigonza” le disgustaban profundamente, de la cual sólo aceptaba las formas atenuadas a la manera de Chateaubriand.

El grupo literario que sufrió los efectos de la enérgica acción del Conde fue el grupo romántico de la Academia de Letrán” (Ruedas de la Serna 50).

La afición del Conde por la *bella forma*, por la expresión castiza, fue al mismo tiempo su mayor limitación. Supo apreciar como nadie la fachada de las obras pero no necesariamente su interior. Crítico severo de los jóvenes de la Academia no se dio cuenta, o no quiso, o no pudo tristemente darse, de que en esa agrupación estaba el germen de la mexicanización de la literatura, o si se

quiere, el alba de la literatura mexicana moderna. Hasta su huésped José Zorrilla y el conservador González Bocanegra reconocieron los méritos de los jóvenes que él desdeñó. No sólo fue la crítica sobre algunos textos de *El Año Nuevo de 1837* y su contestación al yucateco Wenceslao Alpuche, sino silencios reprobatorios o censuras alusivas en varios de sus textos críticos ulteriores. Si bien sólo criticó a algunos, al ignorar a los otros iba implícito el mensaje. Jamás reconoció el Conde que la mexicanización de la literatura comenzó con la Academia ni el valor indiscutible de jóvenes como Ignacio Rodríguez Galván y Guillermo Prieto, Fernando Calderón y Manuel Payno. No se dio cuenta, o no quiso darse, que pese a fallas técnicas y a desafueros verbales, eran los poetas y escritores que *quedarían* y que ninguna antología o historia de la literatura desde entonces omite. ¡Para él (lo dice en el artículo citado de mayo de 1843) los poetas jóvenes eran José María Esteva y Ramón Isaac Alcaraz! ¡A *El Periquillo Sarniento* —vayamos un poco más atrás en los años— lo vio simplemente como “una vaciedad!”

¿Pero cuál fue la crítica concreta que el Conde enderezó en aquel año de 1837 contra los jóvenes lateranenses? El texto, de 42 páginas, lo publicó como folleto en mayo de 1837 Ignacio Cumplido bajo el título *Ecsamen crítico de algunas de las piezas literarias contenidas en el libro intitulado El Año Nuevo*. En su parte esencial Fernando Tola lo reproduce en el prólogo sobre los anuarios de la página XLVI a la LXII. En el folleto el Conde analiza seis poemas y promete que se abocará más adelante a los otros. Asegura proceder con imparcialidad porque no conoce a los autores y no tiene interés respecto de ellos. Las seis piezas vistas por el Conde son “Los recuerdos”, de Antonio Larrañaga, “Al matrimonio”, de José María Lacunza, “A un sabino de Chapultepec”, de Guillermo Prieto, “Moctezuma”, de Wenceslao Alpuche, y —objeto de su deslumbrada admiración— “Mi amada en la misa de alba” y la traducción “El israelita prisionero en Babilonia”, del príncipe José Joaquín Pesado. No dejando de hacer elogios y cumplidos, cruza a menudo su látigo sobre el rostro de Lacunza, de Prieto y sobre todo de Alpuche. Desde luego los reparos se centran en las fallas formales: la inversión y transposición de pa-

labras, los galicismos, las locuciones neutras, los pleonasmos, los dobles dativos, las métricas defectuosas, los adjetivos mal puestos. Al final les recomienda —cuándo no— “el estudio de la lengua castellana y de los clásicos que han escrito en ella”.

Pesado es el único que merece loas encendidas pero no faltan las estigmatizaciones estilísticas por sus descuidos sintácticos y sus precipitaciones prosaicas. Pero en las dos composiciones (“Mi amada en la misa de alba” y “El israelita prisionero en Babilonia”) —dice— se trasluce “mucho estudio de los clásicos castellanos, un ingenio muy fecundo, una imaginación perfectamente dirigida, mucho conocimiento de la lengua, un gusto muy fino”.

Afectados algunos de los jóvenes lateranenses, sobre todo Alpuche, respondieron a su modo argumentando que no todo era la forma y que su pobreza les impedía adquirir los libros a los que el Conde tenía acceso. Alpuche lo hizo abiertamente; la contrarrespuesta del Conde fue despiadada.

La verdad es que a partir de entonces quedó en el alma del Conde y quedó en el alma de los jóvenes lateranenses un sedimento de resentimiento y rencor. Empezaría una guerra de alusiones. Fernando Tola observa perspicuamente que en el anuario de 1938 hay tres respuestas *entredichas*: en la cita que abre el libro, en la nota de presentación y en el ensayo-crónica-relato de Rodríguez Galván que tiene como título “Un coplero mexicano del siglo xix”. Vale la pena reproducir la terrible cita de Malon de Chaide, que es como una roca lanzada por una catapulta (respeto sintaxis y puntuación):

Digo, pues, que ai hombres, que con no ser ellos para nada... toman por oficio decir mal de todo aquello que no va medido con su grosero juicio. Tienen otra cosa rara, digna de tales sujetos, i es: que si oyen algo, fuera de lo que ellos han leído en quatro autores de gramática, lo asquean tanto, i lo burlan, i mofan de tal suerte, como si solo aquello, con que ellos han desayunado su entendimiento, fuese lo cierto, i de fe, i lo demás fuese patraña i sueño. Bien sé, que el ingenio humano no se contenta de una manera, ni con las mismas cosas; i así de lo que a unos parece bien de eso mismo murmuramos otros, i aquellos admiran, i engrandecen, lo que estos abominan, i burlan.

En la nota de presentación leemos en el primer párrafo (respeto la puntuación): “El primer número de esta obra publicado en 1o. de enero de 1837, ha sido objeto de alabanzas y críticas: las primeras nos han servido de estímulo, las segundas, en cuanto han sido justas y decentes, de lección“. Lo de “justas y decentes” debe haberle dolido al Conde como un puñetazo en el hígado.

De un modo más sutil el texto de Rodríguez Galván da su *respuesta*. En la época que se vive en México —dice— es mejor llamarse coplero que poeta, porque éste no sólo está condenado a una vida de miseria, sino debe padecer el desprecio de la sociedad. El colmo: mientras el coplero o poeta construye un mundo de imaginación con las cosas del mundo, cuando publica sus textos hay un “crítico maldecido”, “un crítico abominable”, que agua la fiesta escribiendo contra él en el periódico. “Se le prueba que es romántico, que no hace uso de la Mitología, que prefiere Saavedra a Meléndez, la *Conjuración de Venecia* a las *Bodas de Camacho*, la *Araucana* a la *Henriada*. Se le dice que no ha leído a Racine, Molière y Moratín: (¡calumnias!) se le trata de probar con la *autoridad de Hipócrates y Martín Lutero*, que para asno sólo le falta la cola, ¡, por último, como gran favor le espetan estos dos versos de Moratín:

Un arado, una azada, un escardillo  
para quien eres tú, fuera bastante”

(Rodríguez Galván 38).

Al menos —se consuela— dejó de serle indiferente al crítico.

Cuatro años después, Manuel Payno, en el importante prólogo a la poesía de Fernando Calderón, recuerda la experiencia de *El Año Nuevo de 1837* y escribe que si la crítica del Conde había disgustado a algunos de los autores, resultó también un acicate para cuidar y corregir más los textos. Payno reconocía también al Conde su labor en *El Zurriago* y sus conocimientos filológicos, los cuales “servían de guía y de poderoso auxilio”, pero repitiendo que esos jóvenes no tenían dinero para comprar libros. Dos años después, uno de los afectados de la primera andanada, el lúcido José María Lacunza, polemiza epistolarmente con el Conde

en *El Siglo Diez y Nueve* a propósito de la instrucción de la Historia Universal. Lacunza destaca del Conde “su celo por la literatura” pero no aprueba “la dirección dada a ese celo, y jamás el estilo acre y mordiente de algunos de sus escritos, más propio para irritar que para corregir, y que produce sobre todo el efecto de desanimar tales esfuerzos...” Varias décadas después, Guillermo Prieto, otro de los afectados en 1837 por el látigo del crítico, hace en sus *Memorias* un dictamen con los mismos reconocimientos pero es más severo en sus reparos: “*El Zurriago*, periódico que redactaba el erudito Conde la Cortina, de la escuela de Hermosilla, aunque escrito sin elevación, sin gusto, sin filosofía ni buena educación, nos dio provechosísimas lecciones que, aunque nos irritaban, rebajaban las pretensiones del amor propio y nos abrían los ojos para seguir a los buenos modelos” (Prieto 177).

### *Decadencia y desaparición*

José Zorrilla escribió en su libro que la Academia desapareció en 1846. Tengo para mí que es muy difícil precisarlo. Parece que hubo dos épocas: lo más probable que la primera haya decaído o terminado hacia 1839. ¿Por qué? Ofrecemos dos pruebas: la primera, es que el último *Año Nuevo* se editó en 1840, es decir, es la reunión de los trabajos del 1839. Casi todo el peso de las colaboraciones recayeron (cuándo no), en Pesado y Rodríguez Galván. La segunda elucida más. En el muy citado prólogo a las poesías de Calderón, fechado el 28 de agosto de 1842, Manuel Payno, quien tenía entonces 22 años, habla ya de las reuniones como de una cosa remota diciendo que las sesiones en el colegio “eran unos ratos de deleites increíbles para el espíritu, que juzgo no se han de haber olvidado a los señores que los experimentaron; yo al menos recuerdo ese tiempo como uno de los más felices de mi vida”. Y en el siguiente párrafo: “Después, como es ley del mundo que todo se acabe, y que lo bueno dure poco, la Academia concluyó, sin que haya podido volverse a reunir”. Los mejores años de la Academia, al parecer, fueron entre 1836 y 1838.

¿Por qué la separación? Por algo que se repetirá como motivo de punta a través de todo el siglo XIX: las diferencias ideológicas. Prieto escribe en sus Memorias: “La Academia de Letrán había decaído lastimosamente: la política había surtido en su seno efectos de envenenamiento”. Quizá la primera gran separación, a causa de la política, fue la de José Joaquín Pesado, quien se incorporó en 1838 como ministro del Interior al gobierno conservador de Anastasio Bustamante, y a quien le tocó sufrir la injusta y grotesca Guerra de los Pasteles. Pesado, que hasta entonces había sido un liberal moderado, se volvió conservador. Pero la separación de Pesado, suponemos, fue de las actividades pero no de las publicaciones del grupo. Tampoco, hasta donde se sabe o se entrevé, se enemistó con la mayoría de sus talentosos jóvenes. Pesado colaboró aún con amplitud en el *Año Nuevo* de 1839 y de 1840. Él y Rodríguez Galván se sirvieron con la cuchara grande los cuatro años que duró la publicación: Pesado tiene diecinueve colaboraciones y el editor Rodríguez veintiséis. Por cierto, durante los meses del sitio francés, ocurrió un hecho muy emotivo que cuenta Francisco Sosa en su semblanza de Quintana Roo en su libro *Las estatuas de la Reforma* y que involucra a los dos grandes lateranenses. Quintana, el Quintana de 51 años, envió una carta extraordinariamente conmovedora a Pesado (la reproduce Francisco Sosa en la semblanza del yucateco en sus *Estatuas de la Reforma*), pidiéndole que la haga llegar al presidente Bustamante, y donde pone a las órdenes de éste su “inútil persona” para luchar contra el invasor y ofrece de su peculio “el pequeño donativo de quinientos pesos” para entregar ese mismo día a la Tesorería, “con la corta ofrenda de contribuir mensualmente, mientras dure la guerra con Francia, con lo correspondiente al mantenimiento de cuatro soldados de infantería”. Pesado respondió que había dado su misiva al presidente Bustamante, quien reconocía todos sus méritos pasados, su patriotismo sin mancha, que le daba las gracias, pero declinaba su oferta. A cambio de eso se comprometía a publicar la carta oficio, “como un ejemplo que será seguido de todo el que tenga orgullo en ser mexicano”. Pesado, quien parece haberse llevado muy bien con los jóvenes estelares de la Academia (Rodríguez Galván, Prieto, Calderón), tuvo uno que no le

perdonó su cambio de chaqueta política. En el citado prólogo, Manuel Payno dijo que “marchitó en el fango del gobierno una hoja de laurel que sus amigos concedieron al talento”. Pero pese a la confusión de fechas que Prieto tiene cuando habla en sus Memorias de la separación de varios miembros (Pesado, Payno, Munguía, Aguilar y Marocho, Rodríguez Galván, Alpuche, Iglesias) es evidente que la Academia no sólo carecía de cohesión, sino estaba en desbandada.

Hubo, sin embargo, una tentativa de renacimiento. Por iniciativa de Joaquín Navarro —escribe Prieto en 1844 en sus “Apuntes desordenados que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana”— la Academia retomó su actividad. Sin embargo debió haber sido efímera, o al menos no con las formalidades y la periodicidad precedente, porque no se encuentran más huellas de sus tareas. Pero si los lateranenses no fueron ya un grupo cohesionado, o al menos eso se trasluce, la colaboración entre ellos no dejó de ser estrecha y su presencia fue casi omnímoda en la prensa de la época. “En la década de los cuarenta del siglo XIX —escribe Fernando Tola en las páginas 81 y 82 de su prólogo a los *Años Nuevos*— realizaron una serie de empresas conjuntas y de gran trascendencia para la literatura nacional. *El Museo Mexicano* fue la primera de ellas”. Y precisa dos páginas después:

En lo esencial, gracias a los miembros de la Academia de Letrán, los años cuarenta fueron una magnífica década de ediciones periódicas. Ellos son la base de las publicaciones literarias, e incluso de un diario como *El Siglo Diez y Nueve*, que se funda en 1841 y dura hasta 1896. Para que se entienda esto ampliamente, la mayoría de los que participaron en las reuniones de la Academia de Letrán están presentes en *El Museo Popular* (1840), *El Apuntador* (1841), *El Semanario de las Señoritas megicanas* (1842), *El Museo Mexicano* (1843), *El Liceo Mexicano* (1844), *El Ateneo Mexicano* (1844), *La Guirnalda* (1844), la *Revista Científica y Literaria* (1845), *El Católico* (1846), el *Presente Amistoso de 1847* (no tanto en el de 1851 y 1852), *El Observador Católico* (1848) y el *Álbum Mexicano* (1849). Aún más: como curiosidad adicional, Manuel Payno, en 1848, trata de revivir *El Año Nuevo*, como un



homenaje a su amigo Ignacio Rodríguez Galván, pero la tentativa se agota en una sola publicación.

### *Qué fue de las verduras y las eras*

Un hecho melancólico es ver quiénes quedan y cuánto queda de un grupo o de una generación. ¡Cuántas figuras y sombras se van perdiendo en el camino! En el caso de la Academia de Letrán no es fácil el juicio porque en ella se reunían al menos tres generaciones (hablamos aquí de aquellos autores que las historias de la literatura y las antologías no suelen omitir): la primera, por Quintana Roo y Ortega; la segunda, por Carpio y Pesado, y la última, por los veinteañeros y *teenagers*: desde José María Lacunza y Fernando Calderón hasta los jovencísimos Rodríguez Galván, Prieto, Ramírez y Payno. Como se ve, salvo Payno (quien llegó tardíamente) la balanza se inclina por los poetas. Ciertamente, Calderón es conocido ante todo como dramaturgo pero sus obras son en verso y pervive siempre en antologías líricas con piezas como “El soldado de la libertad” y “El sueño del tirano”.

Cuenta mucho para la falta de memoria literaria que en el siglo XIX los autores escribieran profusamente... pero en periódicos y revistas. Fernando Tola, autoridad en el tema, en su prólogo a los *Años Nuevos*, resume las dificultades sin fin para editar libros, a las cuales debe sumarse ciertas veces el desinterés o la desidia de los propios autores. Guiémonos con Tola: Francisco Ortega, sólo hasta 1839, cuando tenía 46 años, imprimió sus *Poesías*. En esa misma fecha, el príncipe Pesado, quien contaba 38 años, reúne sus poemas, que, aumentados, conocerán una nueva edición en 1849. Se reeditarían póstumamente dos veces: en 1855 y 1886. Después, nada. Manuel Carpio no tuvo mejor suerte, hasta que su gran amigo Pesado auspició en 1849 la edición de sus *Poesías*, con un prólogo suyo. Carpio contaba con 58 años. Fue después muy leído.

De los jóvenes, salvo Fernando Calderón, que corrió con magnífica fortuna, los libros se dieron difícilmente. De Calderón aparecieron ediciones en 1828 (fue elogiado entonces por Heredia),

en 1844 (con el citado prólogo de Payno), y póstumamente, en 1850 (con prólogo de Pesado), 1854, 1866, 1882, 1883, 1902 y 1986.

¿Y los otros? Guillermo Prieto, el poeta más popular del XIX, quien escribía como poseído, sólo publicó su primer libro de poemas, *Versos inéditos*, en 1879, y su *Musa Callejera*, en 1883, es decir, a los 61 y 65 años de su vida. De Ignacio Rodríguez Galván, su hermano Antonio mandó imprimir su obra poética en 1851, o sea, nueve años luego de su fallecimiento. Se reimprimió en 1876 y 1883. En 1994, en facsímil de la primera edición, la publicó la UNAM en su colección Siglo XIX. Ida y Regreso. Ignacio Ramírez, el gran Ignacio Ramírez, no sólo nunca publicó un libro de poesía en vida, sino ningún libro. Manuel Payno publicó sus novelas, creemos, a la hora justa: *El Fistol del Diablo*, en 1859, *El hombre de la situación*, en 1861, y su dilatada novela *Los bandidos de Río Frío*, en 1891.

¿Y los jóvenes aún menos conocidos? Ni José María Lacunza, ni Joaquín Navarro, ni Manuel Tossiat Ferrer, ni Antonio Larrañaga, ni Manuel Andrade y Pastor, publicaron en vida un libro.

¿Por qué esta penuria bibliográfica? Tola aproxima estas razones:

En fin: lo elemental radica en el alto costo de editar un libro y en la necesidad de que fuera el autor, o algún mecenas que lo apoyara, quien debía pagar las facturas de tipografía, papel, impresión y encuadernación. Este aspecto económico, obligaba, en consecuencia, a reducir los tirajes y a tratar de lograr cierto número de suscriptores que garantizara la venta de los ejemplares necesarios para cubrir el costo de la edición (cxx).

En suma: no sólo era una aventura editar un libro, sino era dramática la falta de lecturas en un país con una altísima tasa de analfabetismo.

¿Pero quiénes incluso leen ahora a los más sobresalientes de los lateranenses como Quintana Roo, Ortega, Pesado, Carpio, Prieto, Ramírez, Rodríguez Galván, Calderón y Payno? Ante todo son autores de investigadores universitarios, que a menudo, en vez de interpretar a fondo su obra y ubicarlos en su momento y

en las historias de nuestras letras, los catalogan, los esquematizan, los desvertebran. Para colmo la obra de algunos no ha sido ni siquiera reeditada y sólo es dable encontrarlos en antologías, las cuales también, oh realidad melancólica, circulan exigualmente. El mejor homenaje a estos hombres que con toda conciencia pusieran las bases de la poesía y la literatura mexicanas modernas es hacer una buena selección de su obra y divulgarlos lo mejor posible. No se tiene derecho a ser injusto con ellos, porque es una forma de ser injustos con México y con nosotros mismos.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- GUTIÉRREZ NÁJERA, MANUEL. "Guillermo Prieto." En *Obras I. Crítica literaria. Ideas y temas literarios*. Eds. Erwin K. Mapes y Ernesto Mejía Sánchez. Introd. Porfirio Martínez Peñalosa. Índices Yolanda Bache Cortés y Belem Clark de Lara. 2ª ed. México: UNAM, 1995.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO. *La poesía. Siglos XIX y XX. Poesía mexicana 1821-1914*. México: Promexa, 1985.
- PAYNO, MANUEL. "Prólogo." En Fernando Calderón. *Obras poéticas*. Ed. F. Tola de Habich. México: UNAM, 1996.
- PRIETO, GUILLERMO. "Memorias de mis tiempos." En *Obras completas I*. Ed. Boris Rosen Jálomer. Pról. F. Curiel Defossé. México: CNCA, 1992.
- RODRÍGUEZ, GALVÁN, IGNACIO. "Un poeta." En *Obras poéticas*. Presentación y apéndices F. Tola de Habich. México: UNAM, 1994. cxvii-cxvii.
- RUEDAS DE LA SERNA, JORGE, coord. *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México: UNAM, 1996.
- SOSA, FRANCISCO, *Las estatuas de la Reforma*. Biblioteca del Estudiante Universitario 119. Pról. Ernesto de la Torre. México: UNAM, 1996.
- TOLA DE HABICH, FERNANDO, ed. *El año nuevo (1837, 1838, 1839, 1840)*. 4 ts. México: UNAM, 1996.